

BX 880

M.5

v. 130

## LA HORA EUCHARISTICA.

---

### DIRECTORIO PARA LA ADORACION

---

I. El objeto á que la adoración eucarística se encamina es la divina Persona de Nuestro Señor Jesucristo, real y verdaderamente presente en el Santísimo Sacramento. Como su Magestad se encuentra allí glorioso, inmortal y lleno de vida, quiere que le hablemos para respondernos y hablar con nosotros. Todos, todos sin excepción podemos ir á adorarle, porque para todos está allí, y desde allí nos llama diciendo: "Venid á mí todos."

El coloquio íntimo, la conversación amistosa que se entabla entre Cristo y el alma, es pues la adoración de que vamos á tratar y la verdadera meditación eucarística. No hay una sola alma que no tenga la gracia suficiente para practicarla; si bien cada una tiene su atractivo especial del que es necesario dejarse llevar para evitar la rutina y

004535

contrarestar la aridez. Así, unos son llevados á considerar los diversos misterios de la Vida de Nuestro Señor Jesucristo, otros, los de la Santísima Virgen ó de los Santos, honrando y glorificando al Dios de la Eucaristía, por las virtudes de su vida mortal, por las de su Madre Inmaculada, y por las de los santos que en la Eucaristía miraron su gracia y su fin, y hoy tienen al Señor por corona y por gloria.

Miremos la hora de adoración que vamos á practicar, como una hora de cielo; vamos á hacerla como si fuésemos á sentarnos al banquete divino, y así la desearemos, y la saludaremos con entusiasmo: alimentemos suavemente el deseo de esta hora en nuestro corazón, diciéndonos á nosotros mismos: dentro de cuatro horas, dentro de una, acudiré á la audiencia de gracia y de amor; Jesús, el bueno, Jesús, el dulce, Jesús, mi Dios y mi Amado, se ha dignado convidarme: sé que me espera con ansia, conozco que me desea con ardor!

Si la hora que haceis ha sido penosa para la naturaleza, alegraos, alegraos; que vuestro amor por haber sido más paciente, mostróse también más grande, y esa hora privilegiada se os contará como dos.

Si alguna vez, por enfermedad ó por otra causa grave no podeis hacer la adoración, dejad á vuestro corazón entristecerse unos momentos; mas luego poneos á hacer la adoración en espíritu, en unión con tantas almas que entónces la están haciendo: y en vuestro lecho de dolor, en el tren que rápido os arrastra, ó en el trabajo preciso que os detiene, procurad permanecer toda la hora con el posible recogimiento; y así obtendreis el mismo fruto que si hubiérais podido acudir á los piés del Maestro, y aún os será contada la hora en duplicado.

Tal como os encontréis, encaminaos al Señor, meditando de un modo natural y sin violencia: explotad vuestro propio fondo de piedad y de amor antes de servir de los labios; que el libro inagotable de la humildad y del amor es el mejor en estas circunstancias. No porque deje de ser bueno un libro piadoso que os ponga en buen camino cuando el espíritu se extravía ó los sentidos se adormecen; mas no debemos olvidar que nuestro Dueño prefiere los pobres sentimientos de nuestro corazón á las sublimes ideas y á los afectos de los otros. Sabedlo bien, Jesucristo quiere nuestro corazón y no el ajeno: quiere el pensamiento y la oración de

ese corazón como la expresión natural del amor que le tenemos. El no querer presentarnos ante el Señor con nuestra propia miseria y abatida bajeza, es á menudo, fruto de un sutil amor propio que nos hace impacientes ó cobardes; y sin embargo, eso es lo que Dios quiere, lo que ama en nosotros y bendice.

Si os encontrais en estado de sequedad, glorificad á la gracia, sin la cual nada podeis, y abrid hácia el cielo vuestra alma como al salir el sol abre la flor su cáliz para atraer el rocío que la refresca.

Si os encontrais en la mayor impotencia, con el espíritu rodeado de tinieblas, oprimido el corazón con el peso de su nada, y aun el cuerpo como descoyuntado y lánguido, haced entonces la adoración del pobre; salid del seno de vuestra flaqueza, é id á morar al pecho de Jesús ofreciéndole vuestra pobreza para que la enriquezca, y habreis hecho una obra maestra digna de su gloria.

Si os encontrais por ventura en estado de tentación y de tristeza, todo dentro de vos sublevado, todo llevandoo á dejar la adoración, so pretexto de que más que servir á Dios le ofendeis yendo así á su presencia, no escuchéis esta especiosa tentación; esa

viene á ser la adoración del combate y de la fidelidad á Jesús contra vos mismo. Nó, alma atribulada, no le desagradais en ese estado, antes regocijais al divino Maestro que atento os mira, y él mismo ha dado licencia á Satanás de perturbaros. Allí espera de nosotros el homenaje de la perseverancia hásta el último instante de la hora que debemos consagrarle.

La confianza, pues, la simplicidad y el amor, nos deben llevar á la adoración eucarística.

II. Quien quisiere ser dichoso en el amor, que viva continuamente en la bondad de Jesucristo siempre nuevo para nosotros, y que siga, en Jesús, el trabajo de su amor para con nuestra alma. Es menester contemplar la belleza de sus virtudes, y la luz de su amor ántes que sus ardores, pues la fogosidad del amor pasa presto en nosotros, mas su verdad es permanente. Comenzad con un acto de amor vuestras adoraciones, y de este modo abrireis deliciosamente vuestra alma á la acción divina, porque si comenzais por vos mismo, os detendreis en el camino, y si comenzais por otra virtud que el amor no sea, torcereis la verda. ¿Por ventura el niño no abraza á su madre ántes de obedecerla?

Ciertamente; y el amor es del corazón la única puerta.

Quien quisiere ser noble en el amor, que hable á Jesús de su Padre celestial que tanto le ama; que le hable de los trabajos que ha emprendido por su gloria, y regocijará su amante Corazón, y será de él más tiernamente amado: que hable á Jesús, de su amor para con los hombres, y se dilatará su sagrado Corazón, y llenará al de quien le adora de dicha y de alegría; que le hable de su dulce é inmaculada Madre, á quien ama más que al mundo universo y le renovará la dicha de un buen hijo; que le hable de sus santos, para glorificar en ellos, su amor y su gracia. El verdadero secreto del amor está, pués, en olvidarse de sí mismo, como San Juan Bautista, para exaltar y glorificar al Señor, al Maestro y al Rey Jesús. El amor puro, no atiende á lo que dá el Amado, sino á lo que merece. Y si así lo haceis, entónces Jesús, por su parte, contento de vos y satisfecho, comenzará á hablaros de vos mismo: os contará el amor ardoroso y divino con que os ama, y vuestro corazón, anhelante, abriráse á los rayos de este sol fulgurante, como la florecilla refrigerada por el fresco de la noche se entreabre plácidamente á los calien-

tes rayos del astro del día. Entónces su dulce voz penetrará vuestra alma como el fuego penetra un cuerpo simpático. Como la Esposa del divino Cantor direis cantando: "Mi ánima derriñóse de gozo, á la voz de mi Amado." Entónces os pondreis á escucharle en el silencio, ó más bien, la suave y fuerte acción del amor os llevará hácia él sin vos sentirlo.

Interésanos saber, que lo que más contraría en nosotros el desarrollo de la gracia del amor, es el que apenas llegados á los piés del buen Maestro, nos apresuramos á hablarle de nosotros mismos; de nuestras culpas y defectos, de nuestra espiritual pobreza y nuestras penas. De este modo, fatigamos el espíritu á la vista de nuestras miserias: con el pensamiento de nuestra ingratitud contristamos el corazón, nos aflijimos con nuestras infidelidades; la tristeza trae la pena; la pena el desaliento, y solo á fuerza de humildad, de trabajo y sufrimiento podremos salir de ese lóbrego laberinto para volver á vernos libres, y en la luz delante del Señor.

No lo hagais pues de ese modo; ántes, como el primer movimiento del alma dirije y determina todo el cuerpo de la oración, dirijidlo luego á Dios, diciéndole: "¡Oh Jesús,

dulzura mía! cuán dichoso me contemplo al venir á haceros esta visita! ¡cuán dulce es pasar una hora á vuestro lado para hablaros de mi amor y mi dicha! ¡Qué bondad la vuestra en haberme llamado! Solo vos, Señor, podeis amar tan inmensamente á tan pobre y ruin criatura! Yo os amaré, Dios mío, en justa correspondencia! os amaré, Señor, con todo el corazón y toda el alma!"

Y el amor os habrá abierto la puerta del Corazón de Jesús. Entrad á él tranquilamente: amad; amad y adorad!

III. Para practicar la adoración bien y como conviene, es necesario acordarnos que Jesucristo, presente en la Eucaristía, está continuamente glorificando los misterios y virtudes de su vida mortal:

Que la Santa Eucaristía es Jesucristo, pasado, presente y venidero;

Que la Eucaristía es la última manifestación de la Encarnación y de la vida mortal del Salvador;

Que en ella nos dá todas las gracias; que á ella se refieren todas las verdades, y que nombrando la Eucaristía, se ha dicho todo, pues que ella es Jesucristo.

La santísima Eucaristía, debe ser pues, nuestro punto de partida en la meditación

de los misterios, de las verdades y virtudes de la religión, pues son todas como rayos de ese foco, y partiendo de él nos irradian. ¿Qué cosa más natural que ver en el nacimiento de Jesús en el altar, su nacimiento en el establo de Belen, en la vida oculta del Tabernáculo, la vida oculta en Nazareth, y en el Santo Sacrificio sin cesar celebrado en la redondez del mundo, la Pasión del Señor y su crucifixión y muerte en el Calvario? En el Sacramento ¿no se ostenta manso y humilde como en su vida mortal? ¿No es allí el buen Pastor, el dulce Consolador, el amigo íntimo del alma? Dichoso pues, y muy dichoso, el que sabe encontrar á Jesús en la Eucaristía, y en la Eucaristía, todas las cosas!

---

DIRECTORIO PRACTICO  
PARA LA ADORACION

---

Jesús siempre viviendo para interceder por nosotros.—*Hebr. VII. 25.*

La más sublime de las oraciones es sin duda el Santo Sacrificio de la Misa, en el cual Jesucristo se ofrece á su Eterno Padre, lo adora, le dá gracias, lo desagravia, y le pide en favor de su Iglesia, de los hombres sus hermanos y de los pobres pecadores; y esta augusta oración la continúa sin cesar por su estado de víctima en la Sagrada Eucaristía. Convenientísimo será pues unirnos con la oración de nuestro amado Salvador, y orar conforme á los cuatro fines del Santo Sacrificio, cuya oración compendia la religión entera y comprende los actos de todas las virtudes.

I

DE LA ADORACION

El objeto de la adoración eucarística es la excelencia infinita de Jesucristo, infinita-

mente digna de todo honor y de toda gloria. Uníos pues á las alabanzas de la corte celestial, cuando prosternada ante el trono del Cordero clama llena de admiración; "Honra, gloria, acción de gracias, virtud, poder y divinidad por los siglos de los siglos, al que está sentado en el trono y al Cordero inmolado!"

En seguida podeis pasar á contemplar la grandeza del amor de Jesús al establecer la divina Eucaristía, multiplicándola y perpetuándola hasta el fin del mundo; poneos á admirar la sabiduría que resplandece en esta amorosa invención que llena de estupor á los ángeles del cielo; dedicaos á alabar la inmensidad de ese poder que ha podido vencer todos los obstáculos, y á exaltar la bondad incomprendible que nos ha proporcionado tan grandes y preciosos dones. Al llegar aquí podeis prorrumpir en transportes de gozo y de amor al veros hecho el fin del más santo y augusto de los sacramentos; pues es cierto que Jesucristo habría hecho por vos solo lo que ha establecido para todos los hombres. ¡Amor verdaderamente admirable, amor sorprendente, amor que debería arrebatarnos en eternos transportes!

Ya que es imposible á nuestra flaqueza el

adorar á Jesús Sacramentado como lo merece, solicited el auxilio de vuestro ángel custodio, pues este fiel compañero de la vida se tendrá por muy dichoso al practicar con vos aquí en la tierra lo que ha de continuar con vos allá en la gloria eternamente.

Adorad al Señor á nombre de la santa Iglesia, quien se digna permitir que la representeis á sus piés. Uníos á todas las adoraciones de los justos de la tierra y á las de los ángeles y santos del cielo; pero más particularmente uníos á las adoraciones de María Santísima y de Señor San José, que le tributaban cuando solo ellos poseían al Dios escondido, y solos formaban su familia y toda su corte.

Adorad á Jesús por medio de él mismo, que es la más perfecta adoración, pues es Dios y Hombre, vuestro Salvador y vuestro hermano.

Adorad al Padre celestial por medio de su Unigénito Hijo, objeto de todas sus complacencias, y de este modo vuestra adoración imitará á la suya, y aun vendrá á ser como una misma con ella.

II

DE LA ACCIÓN DE GRACIAS

El acto del amor más dulce y el más gustoso para el alma, así como el más grato al Señor, es la acción de gracias, que es un perfecto homenaje á su bondad infinita. La Eucaristía es la gratitud perfecta, pues su nombre quiere decir *buena gracia ó acción de gracias*, y Jesucristo las dá en ella á su Eterno Padre por nosotros, siendo allí su Magestad, nuestra propia acción de gracias. Dadlas muy rendidas pues, al Señor por habernos dado á su divino hijo, no solo como Salvador en la Encarnación, como Maestro en la predicación y como Redentor en la pasión, sino sobre todo, como nuestra Eucaristía, nuestro Pan de vida y cielo anticipado. Dad gracias al Espíritu Santo porque sigue en cierto modo produciéndolo cada día por medio del sacerdote en nuestros altares, como lo hizo por primera vez en el seno inmaculado de la más pura de las vírgenes. Que vuestra acción de gracias se eleve hácia el trono del Cordero, que suba hácia el Dios escondido cual puro incienso de suavísimo olor, cual armonía gratísima de vuestra alma

conmovida, cual purísimo amor de vuestro inflamado corazón.

Dad gracias con la más profunda humildad como las daba Santa Isabel delante de María Santísima y del Verbo que llevaba en sus entrañas; dad gracias con los estremecimientos del gozo del Bautista al sentir la aproximación del divino Maestro oculto entónces en el seno de su purísima Madre como ahora en el secreto del tabernáculo: dad gracias con el gozo y la generosidad de Zaqueo al recibir en su casa la visita del Salvador: dad gracias en unión de la Santa Iglesia y de toda la corte celestial; y para que vuestra acción de gracias nunca acabe y antes siempre vaya creciendo, haced lo que hacen en el cielo los bienaventurados: considerad la hermosura y la bondad siempre antigua y siempre nueva del Dios de la Eucaristía, que por amor de los hombres se consume y renace sin cesar en los altares; contemplad su estado sacramental, los sacrificios que ha venido haciendo desde el cenáculo para poder llegar hasta vos; las luchas, digámoslo así, que ha tenido que emprender contra su propia gloria para abajarse hasta el límite de la nada, sacrificando su libertad, su cuerpo y su misma persona, y



esto sin límites de tiempos ni lugares, antes abandonándose sin más defensa que su amor, al amor como al odio de los hombres.

A la vista, pues, de tantas bondades del Salvador para con nosotros y en particular para con vos, pues le poseeis todo entero y entero le gozáis, y con él entero vivís, dejad que se entreabra vuestro corazón y que brote de él la acción de gracias, cual brota con vehemencia la llama de un horno ardoroso, y que esta llama circunde el trono eucarístico hasta venir á juntarse, á mezclarse y confundirse con esa hoguera divina, con la radiante y devoradora llama del Corazón de Jesucristo, para que ambas llamas se eleven hasta el cielo, al trono de Dios Padre que con tanto amor os ha dado por siempre á su Unigénito.

### III.

#### DE LA PROPICIACIÓN.

Después de la acción de gracias conviene continuar con el desagravio, reparación ó propiciación; es decir, que el corazón debe pasar del regocijo á la tristeza, del júbilo y el gozo á los gemidos, á las lágrimas y al

dolor más profundo, considerando la ingratitud, la indiferencia é impiedad de la mayor parte de los hombres para con el Salvador eucarístico.

Mirad cuántos llegan á olvidar á Jesús después de haberle amado y adorado tal vez por largo tiempo. ¿Qué, no sigue siendo aún el más hermoso de los hijos de los hombres? no es todavía el más amable ó ha dejado acaso de amarnos? Ingratos!! Acaso porque su Magestad es tan amante ya no quieren amarle, y porque es tan bueno no quieren ya recibirle? porque se ha hecho tan pequeño y tan humilde, porque se ha anodado por ellos ya no quieren visitarle, huyen de su Magestad, y la presencia de Dios y aun su recuerdo lo arrojan de su pensamiento como una cosa importuna y molesta.

Muchos hay que, como para *vengarse* del grande amor de Jesucristo, le insultan, le ultrajan y le niegan, y esto no puede ignorarlo este Padre tan bondadoso, este tan dulce Maestro.

Otros hay que cierran los ojos para no ver más á este brillantísimo sol de amor; y ¡ay! entre tantos ingratos se encuentran vírgenes sacrílegas, sacerdotes indignos, corazones

apóstatas, querubines y serafines caídos.... He aquí, pues, vuestra gran tarea, adoradores de la Eucaristía: el llorar á los pies de Jesús despreciado de sus amigos, crucificado en tantos corazones, abandonado en tantos lugares; vosotros debeis consolar el Corazón de este tierno Padre á quien el demonio su enemigo le ha arrebatado tantos hijos.

Este amante prisionero eucarístico no puede correr tras de las ovejas perdidas y expuestas á los dientes de los lobos devoradores; y vuestra misión es el pedir gracia para los culpables, pagando su rescate á la divina misericordia, que necesita corazones suplicantes; vosotros debeis haceros víctimas de propiciación con el divino Salvador, que no pudiendo en su estado glorioso volver á padecer, quiere sufrir en vosotros y por medio de vosotros.

#### IV.

##### DE LA SÚPLICA Ó PETICIÓN.

Finalmente, la súplica ó la impetración es la que debe coronar vuestra adoración, formando como su glorioso trofeo. La impetración es la fuerza y la potencia de la oración

eucarística. No todos pueden predicar á Jesucristo por la palabra, ni trabajar directamente en la conversión de los pecadores y en la santificación de las almas; pero sí, todos los adoradores tienen la misión de María á los pies de Jesús, que es la misión apostólica de la oración eucarística, en medio de los esplendores del culto, al pié del trono de la gracia y de la misericordia. Orar, es glorificar la infinita bondad de Dios, es poner en acción la divina misericordia, es regocijar y dilatar el amor de Dios para con su criatura, cumpliendo la ley de la gracia que es la oración. La oración es, pues, el mejor modo con que el hombre puede glorificar á Dios: es también la más grande virtud del hombre, porque reúne en sí todas las virtudes, y todas ellas la preparan y la componen. La fé es la que creé, la esperanza la que ora, la caridad, la que pide para dar; la humildad es la que compone la oración, la confianza es quien la dice, y la perseverancia es la que en ella triunfa del mismo Dios.

La oración eucarística tiene una excelencia más, y es que vá directamente al corazón de Dios como un dardo inflamado; hace trabajar, obrar y revivir á Jesús en su Sacramento, y á veces desarma su potencia. El

adorador hace más aún, pues ora por medio de Jesucristo, y le pone sobre su trono de intercesión cerca del Eterno Padre, como el abogado divino de sus hermanos rescatados.

Mas ¿cuál deberá ser el objeto de la oración? Venga á nos tu reino, *Adveniat regnum tuum*, tal debe ser como el fin y la regla de la oración de los adoradores eucarísticos: deben orar para que la luz de la verdad de Jesucristo alumbré á todos los hombres, principalmente á los infieles, judíos, herejes y cismáticos, pidiendo que vuelvan á la verdadera fé y á la verdadera caridad.

Los adoradores deben orar por el reino de la santidad de Jesús en los fieles, en los religiosos y en los sacerdotes, á fin de que viva en ellos por amor. Deben, sobre todo, orar por el Sumo Pontífice, según todas las intenciones de su corazón; por el Obispo diocesano, según todos los deseos de su celo; por todos los sacerdotes de la diócesis, á fin de que Dios bendiga sus trabajos apostólicos, y los abraze de celo por su gloria y de amor á la Santa Iglesia.

Podrán los adoradores, para variar las oraciones, parafrasear unas veces la oración dominical, otras, esta hermosa oración: "Alma santísima de Jesús, santificadme; cuerpo de

Jesús, salvadme; Corazón purísimo de Jesús, purificadme, alumbradme, abrazadme; sangre de Jesús, embriagadme; agua sagrada del costado de Jesús, lavadme; Pasión de Jesús, fortificadme; Jesús, escondedme en vuestras llagas; no permitais que me separe de vos por el pecado; del enemigo malo defendedme; en la hora de mi muerte llamadme para que os alabe eternamente, en unión con los Santos. Así sea."—Podrán también parafrasear las letanías tan piadosas del santo nombre de Jesús.

No deben retirarse los adoradores de la presencia del divino Maestro, sin darle gracias por esta audiencia de amor, sin pedirle perdón por las distracciones é irreverencias en que hayan incurrido, y sin ofrecerle como homenaje de fidelidad una flor de virtud, un ramillete de pequeños sacrificios; y después salir del templo, como del cenáculo, ó como el ángel que se aleja del trono de Dios para volar presuroso al cumplimiento de sus divinas voluntades.

---